Boletín de la A.G.E. N.º 17 – 1993, págs. 25-47

DE LA DESINTEGRACIÓN DE LA URSS A LA RECOMPOSICIÓN DEL ESPACIO EX-SOVIÉTICO

Xavier Martínez i Edo
«Georama». Agència Geogràfica, S. L.

RESUMEN

El artículo constituye un breve análisis de las transformaciones geopolíticas derivadas de la descomposición de la Unión Soviética. A través de un rápido repaso cronológico de los principales acontecimientos, se aportan algunos elementos de reflexión referidos básicamente a dos cuestiones puestas a examen: la explosión de los nacionalismos y la recomposición del espacio ex-soviético.

Palabras clave: Unión Soviética, Comunidad de Estados Independientes, Mijail Gorbachov, Boris Eltsin, repúblicas ex-soviéticas, espacio económico soviético, espacio geopolítico soviético.

ABSTRACT

The article consists of a brief analysis of the geopolitical tranformations stemming from the Soviet Union's descomposition. By means of a quick chronological review of the principal events, the article presents some elements worthy of reflection relating basically to two questions discussed: the explossion of nationalisms and the recomposition of the ex-soviet space.

Key words: Soviet Unions, Commonwealth of Independent States, Mijail Gorbachov, Boris Eltsin, ex-soviet republics, soviet economic space, soviet geopolitical space.

INTRODUCCIÓN

Los precipitados acontecimientos políticos en la Unión Soviética desde 1985 significaron la total descomposición de una estructura territorial, heredada de siete décadas con un sistema de relaciones sociales socialistas, que se caracterizaba por una completa centralización del poder político y un espacio económico altamente integrado.

El derrumbe económico, la progresiva debilitación del poder central y la posibilidad de cuestionar el marco ideológico que los sustentaba, acabaron por desmantelar también su corolario territorial, entrándose en una etapa de recomposición geopolítica y geoeconómica basada en una nueva distribución del poder político, unos nuevos intereses del poder económico y un nuevo soporte ideológico.

El presente artículo constituye un breve análisis de todas estas transformaciones, intentando especialmente aportar conclusiones sobre dos reflexiones iniciales. En primer lugar, se intenta mostrar que la explosión de los nacionalismos en la Unión Soviética, frecuentemente etiquetada como el factor inductor de los convulsos acontecimientos políticos, es primordialmente factor inducido como legitimador del nuevo poder económico y político emergente. En segundo lugar, pretendo concluir que el espacio ex-soviético tiende a recomponerse mediante la formación de diversas potencias regionales, debilitando progresivamente la existencia de la recién creada Comunidad de Estados Independientes.

El artículo ha sido organizado en dos bloques cronológicos, cuya división se ha establecido en el momento de la desaparición de la URSS. Por otro lado, dada la enorme complejidad del extensísimo territorio soviético y de los acontecimientos tratados, se ha acotado fundamentalmente este análisis a una escala estatal, aunque conscientes de que procesos similares y paralelos se suceden a una mayor escala dentro de este territorio y, a la vez, de sus implicaciones a nivel de geopolítica internacional.

LA DESINTEGRACIÓN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

La desintegración del espacio económico soviético

Tres cuartos de siglo con un sistema económico de planificación central abocaron a la Unión Soviética a un total estancamiento, a un derrumbe económico, cuya única salida era vista por el propio PCUS mediante una reforma estructural de todo el sistema. Así, Mijail Gorbachov, un reformista, es elegido Secretario General del PCUS en marzo de 1985 para poner en marcha un amplio plan de reforma económica, la Perestroika.

El sistema económico heredado por Gorbachov configuraba un modelo territorial claramente definido y de sobra conocido: la supresión de todas las relaciones de mercado existentes significó la destrucción de todo tipo de relaciones y alianzas tradicionales entre naciones, regiones, poblaciones o incluso familias, y la desaparición de cualquier espacio autónomo en la gestión económica o el desarrollo de relaciones sociales (URJEWICZ, 1991). Contrariamente, se configuraba un espacio económico único, con relaciones internas reguladas exclusivamente mediante un centralismo económico exacerbado: todo tipo de actividad económica (gestión, producción, control de recursos, distribución, etc.), dependen imperdonablemente del poder central, sin existir el más mínimo margen de poder de decisión fuera de Moscú.

Todo este mecanismo se concreta en una distribución territorial de las estructuras productivas basada en criterios políticos y en una especialización espacial de la producción. El territorio que de todo ello se deriva se caracteriza, pues, por una fuerte integración económica, dependencia (sobre todo hacia Rusia), y notables desigualdades entre las repúblicas y en el interior de las mismas.

El resultado de las reformas: la formación de economías celulares

Los primeros efectos de las reformas comportan un empeoramiento de la situación económica del país, manifestado a nivel de relaciones interterritoriales en un bloqueo de los canales de producción y distribución y, por tanto, en una progresiva parálisis de las estructuras productivas en todas las repúblicas.

La progresiva ruptura de los intercambios entre las repúblicas significa para las plantas productivas una creciente dificultad para asegurarse los

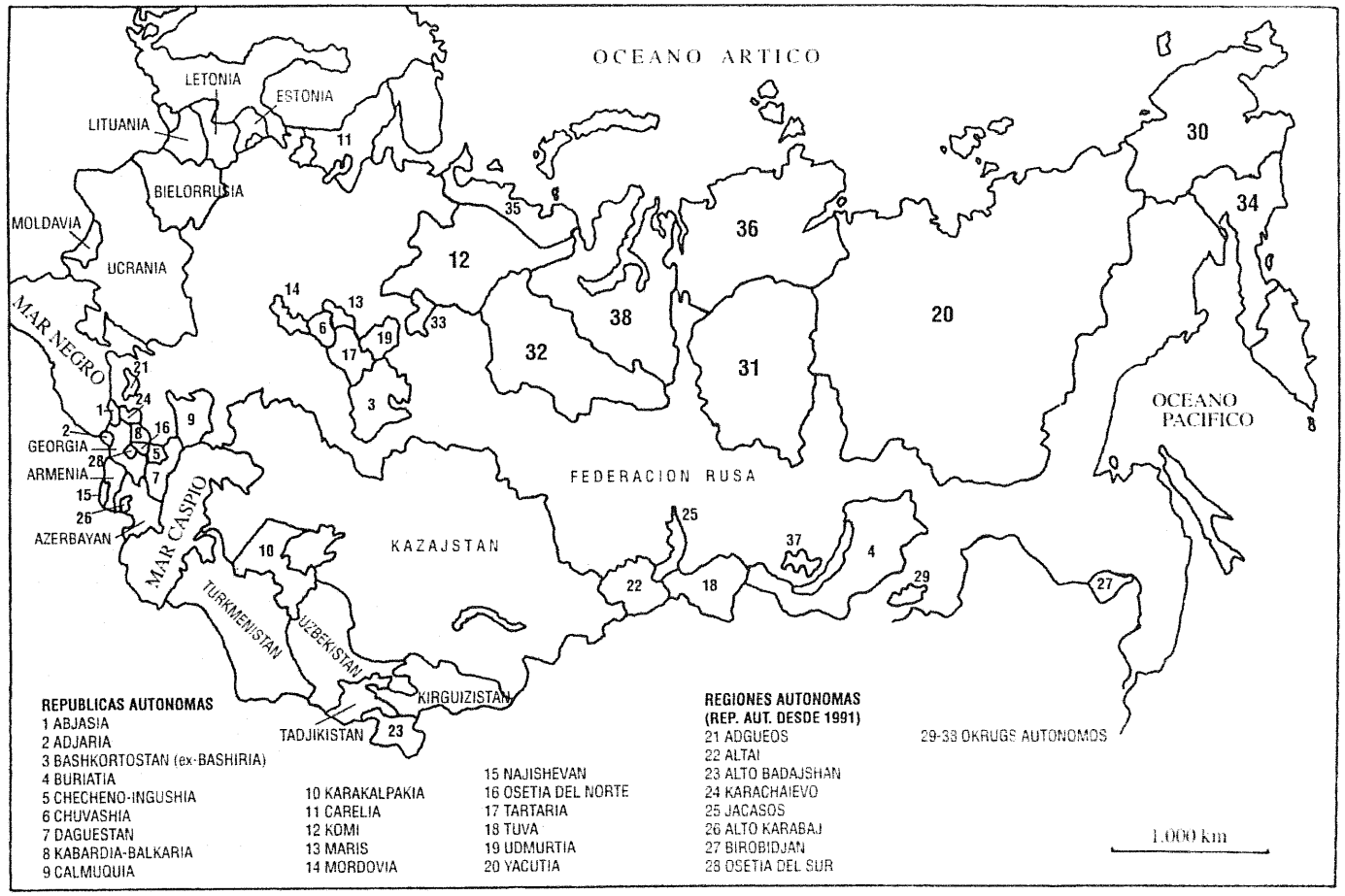
aprovisionamientos y la salida de sus productos. Tal situación de incertidumbre contribuye a crear un funcionamiento microeconómico en las repúblicas, basado en el stockage (para evitar rupturas en la producción), la sustitución de productos primarios provenientes del exterior y la desespecialización macroeconómica (SAPIR, 1992). Todo ello debe ser organizado cada vez más por las autoridades locales mediante dinero que no traspasan al Estado Central.

En definitiva, se entra en una dinámica de formación de economías celulares, de autarquía, no sólo a nivel de repúblicas, sino también a mayor escala.

Por otro lado, la privatización, la economía de mercado, son generadores de un espíritu individualista que se impregna sobre todo en aquellos que tienen algún recurso para comerciar. La progresiva debilitación del poder económico abre una etapa en que cada nuevo polo de decisión espera afirmar su estatus gracias al interés que puedan despertar sus recursos en el mundo occidental (LACOSTE, 1992). Ello queda posiblemente muy bien ejemplificado dentro de la Federación Rusa, donde un gran número de repúblicas autónomas declaraban una soberanía cimentada en los recursos (en muchos casos petrolíferos) existentes en sus territorios, con el objeto de extraer su máximo provecho mediante acuerdos directos con compañías extranjeras, problema que Lacoste sintetiza en una intencionada pregunta: «¿para cuándo los ricos emiratos del Volga? (LACOSTE, 1992). El fenómeno ha encendido también conflictos entre pueblos en rivalidad por recursos del subsuelo (sobre todo en el Cáucaso norte) e incluso ha traspasado al otro lado de los Urales, donde ha engendrado, como fórmula de legitimación de estas inclinaciones, un más que sospechoso «nacionalismo» siberiano. Este tema de una verdadera autonomía económica y política para Siberia o el extremo oriente ruso ha sido planteado más adelante, de hecho, como una opción posible, para integrar la región en la zona de influencia económica de Japón y los «dragones asiáticos», una vez solucionado el litigio de las Islas Kuriles (URJEWICZ, 1992).

El fin del poder económico central. La autogestión de las repúblicas

Ante esta situación, la lentitud de Moscú en desmantelar las estructuras de gestión centralizada y el empeoramiento de la economía, originaron las primeras desavenencias de las repúblicas con el Centro. Los indicios de



Fuentes: PARTAL, V. (1991)
EL ESTADO DEL MUNDO 1993, Ed. Akal, 1993.

cambios en el marco político y, sobre todo, la Glasnost, impulsaron a los parlamentos republicanos a iniciar las denuncias contra el desastre de la economía soviética y a expresar una cada vez más firme voluntad de autogestión de las reformas económicas, creando métodos, vías propias, para hacer frente a la situación (LACOSTE, 1989).

Los bálticos, primeros impulsores del desengranaje estructural del Estado, expresan ya en 1987 sus reivindicaciones de una mayor autonomía económica. Y, más adelante, cuando las reformas políticas de Gorbachov llevan a las elecciones a consejos locales y republicanos (marzo de 1990), la mayoría de los nuevos gobiernos republicanos electos deciden seguir conduciendo por su cuenta el camino de las reformas económicas hacia la economía de mercado. Estas exigencias constituyeron el principal fundamento en la sucesión de declaraciones de soberanía de los parlamentos republicanos (junio de 1990) y dieron origen a la llamada «guerra de las leyes»: las repúblicas legislaban y proclamaban la primacía de sus leyes por encima de las provenientes de Moscú, así como la propiedad de sus recursos naturales. Una derivación de este estado de tensión entre centros de poder fue la llamada «guerra de los presupuestos», que se evidencia perfectamente cuando, meses más tarde, en abril de 1991, el Soviet Supremo declara que el presupuesto federal sólo había recaudado la cuarta parte de lo previsto, a causa de que las repúblicas habían disminuido o dejado de aportar su contribución a Moscú (CLAUDÍN, 1992). Este dato podría ser quizás, a pocos meses de la desaparición de la Unión Soviética, la mejor muestra del nivel de desmembración al que había llegado un estado tan económicamente integrado unos años antes.

El proceso, sin embargo, no es lineal, sino que se desarrolla en un constante vaivén entre fuerzas en tensión: en octubre de 1990 Gorbachov establece el llamado Plan Shatalin «de 500 días» para la transición hacia una economía de mercado, que otorgaba a las repúblicas el derecho a decidir los medios y los tiempos para aplicar las reformas económicas, aunque delegando en Moscú el control sobre las orientaciones básicas. Sin conseguir su propósito de acabar con la parálisis legislativa, apremiado por el ala más conservadora del partido y bajo la presión de los sectores industriales más dependientes del sistema de gestión centralizada (BERTON-HODGE, 1991), Gorbachov abandona este Plan y reafirma la supremacía de las leyes soviéticas en espera de la aprobación, en marzo, del Tratado de la Unión. Tampoco sus resultados permiten inicialmente desbloquear el litigio, hasta que en abril el llamado «acuerdo 9+1» entre Moscú y las 9 repúblicas que aceptaron el mantenimiento de la Unión en

el referéndum, permiten un cierto alivio en la situación, con algunas decisiones muy significativas en referencia a la nueva distribución territorial de la gestión económica: mientras Gorbachov consigue introducir un «régimen especial» para controlar los sectores clave de la actividad económica (CLAUDÍN, 1992), la larguísima huelga minera iniciada en marzo finaliza gracias, sobre todo, el compromiso de poner la gestión de la producción minera bajo jurisdicción de las repúblicas afectadas.

La descentralización del poder político: del Kremlin a las repúblicas

La puesta en marcha de la Perestroika no afectará al ámbito de las transformaciones políticas hasta algunos años después de iniciadas las reformas económicas. Es en 1988 cuando el PCUS empieza a apuntar la conveniencia de que las actuaciones en el campo económico deben ir acompañadas necesariamente por profundos cambios en las estructuras políticas, orientadas hacia una progresiva democratización de la sociedad. Tal decisión pone en marcha un largo proceso de lucha por el poder, aún hoy vigente en muchas ex-repúblicas soviéticas, entre conservadores, reformistas y rupturistas, que se inicia en el seno del propio PCUS y acaba extendiéndose fuera del Partido y fuera de Moscú.

A nivel de configuración territorial, los primeros síntomas importantes de este cáncer del Estado se manifiestan en diciembre de 1989, con la segregación del PC de Lituania. En las repúblicas, donde sus dirigentes, todavía miembros del PCUS, empezaban a considerar que un mayor grado de autonomía, sobre todo en el ámbito económico, les permitiría alcanzar por sí solos con más facilidad los objetivos de la Perestroika, se iniciaron las deserciones. Mientras, Moscú seguía bloqueando el ansiado proceso de descentralización de poder.

La redistribución territorial del poder

Un giro fundamental opera con la celebración de las elecciones generales municipales y republicanas de marzo del 90: la victoria generalizada de candidatos nacionalistas empieza a dibujar una nueva situación en la que los parlamentos republicanos dejan de ser meros tentáculos del poder central para convertirse en las únicas administraciones legitimadas mediante las urnas (CLAUDÍN, 1992). El federalismo de la URSS empieza a

dejar de ser puramente semántico y prueba de ello es que poco después, entre marzo y mayo, Lituania, Estonia y Letonia ya proclamaban su independencia.

La desintegración política se agudiza con las sucesivas declaraciones de soberanía de los Parlamentos republicanos en junio del 90 y el progresivo debilitamiento del poder central, en continua lucha entre las distintas corrientes políticas. Sin embargo, la expansión de los centros de poder sufrirá un efecto contractivo a partir de otoño, cuando Gorbachov ejecuta el primer giro conservador en su política y, por primera vez, el PCUS utiliza de forma directa y contundente el principal garante de su poder durante siete décadas: el ejército rojo. La intervención armada en Lituania y Letonia se salda con la tristemente conocida matanza de Vilna (enero del 91).

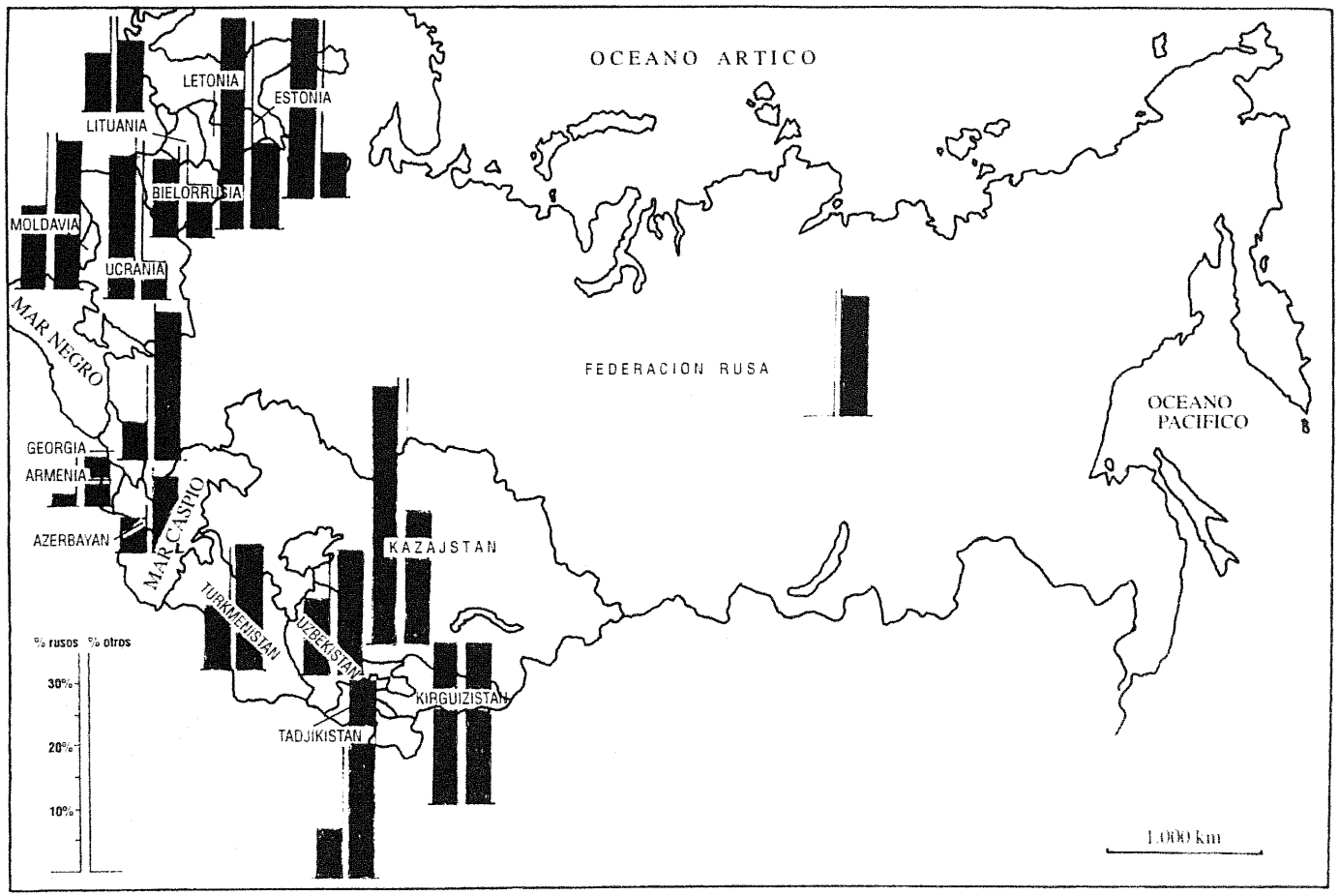
Pero de poco sirve esta actitud de Moscú ante una tendencia que parece ya imparable. Lejos de amedentrarse, tanto lituanos primero (en febrero), como estonianos y letones más tarde (marzo), convocan sendos referéndums para cuestionar a su población sobre la independencia. En los tres casos los resultados son aplastantes en favor de la separación.

Por otro lado, en febrero, representantes de Bielorrusia, Ucrania, Kazajstán, la Federación Rusa y Uzbekistán, se reúnen para establecer los fundamentos de una Unión de Estados Soberanos que, de concentrarse, sin duda hubiera precipitado posteriores acontecimientos.

Ante todos estos hechos Gorbachov había reaccionado mediante la convocatoria de otro referéndum, esta vez a nivel estatal, sobre el mantenimiento de la Unión. Incluso antes de su celebración ya pueden extraerse resultados reveladores: prácticamente todas las repúblicas introducen modificaciones en el texto a referendar. En 6 de las 15 repúblicas (las tres bálticas, Moldavia, Georgia y Armenia) vence claramente la opción independentista, mientras que el resto decanta la balanza hacia una victoria general del texto unificador. En Rusia los matices introducidos dan un claro respaldo a la celebración de elecciones presidenciales directas, mientras que en Kazajstán y Ucrania hay un masivo apoyo a la creación de una Unión de Estados Soberanos.

El Tratado de la Unión: la autodestrucción de Gorbachov

En este pulso de poder las repúblicas van tomando cada vez mayor posición de fuerza. Por ello, Gorbachov convoca para el 23 de abril a los presidentes de las 9 repúblicas que aceptaron el texto propuesto en refe-



Fuentes: ANUARIO CIDOB 1992 y elaboración propia.

réndum para intentar alcanzar un acuerdo que consiga frenar el descontrol político. Conocido como el acuerdo «9+1» o de Novo-Ogariovo, éste prevé la firma de un Tratado de la Unión y supone un considerable trasvase de poder hacia las repúblicas, que incluso las eleva a estatus de estado. El acuerdo se fundamenta en la idea, aportada sobre todo por Rusia y Ucrania, de que el poder debe pasar a manos republicanas y el centro debe ser tan sólo un instrumento de coordinación entre estados soberanos (CLAUDÍN, 1992).

Pero este nuevo mapa político que va gestándose tiene, en su proyección a una mayor escala, otro factor importante: muchas repúblicas autónomas han proclamado también su soberanía y sus minorías nacionales constituían el peligro de una mayor fragmentación, sobre todo en Rusia (que cuenta con 16 de las 20 repúblicas autónomas). Es por ello que Gorbachov es instado a excluirlas del Tratado, a pesar de que para Moscú suponen un claro refuerzo de su poder, dada la dependencia hacia el arbitrio político-militar para ahogar conflictos.

Con esta dinámica de desengranaje interno de la Unión se llega al verano de 1991 en una situación de doble vertiente: los resultados del referéndum por la Unión y los posteriores acuerdos de Novo-Ogariovo significaban, por un lado, la tranquilidad que tanto ansiaba Gorbachov para poner fin a los problemas territoriales de reparto de poder, pero, a su vez, ponían definitivamente en la cuerda floja la propia existencia de la Unión Soviética. El Tratado de la Unión que debía firmarse el día 20 de agosto otorgaba una total soberanía a las repúblicas adheridas, incluida la Federación rusa, con lo que dejaba completamente en manos de éstas el papel e incluso la vida de la Unión.

Ante este peligro se gesta el intento de golpe de estado que tiene lugar justo el día anterior al previsto para la firma del Tratado. La acción de los golpistas produce un efecto completamente inverso al de sus intenciones: cuando Boris Eltsin anuncia, subido en un tanque, la primacía de las leyes e instituciones rusas, *de facto* la URSS ha perdido su razón de ser y, como apunta Urjewicz, cuando Gorbachov llega a Moscú tras el golpe fallido, ya sólo gobierna sobre un pequeño territorio, el Kremlin (URJEWICZ, 1992). Además de la actitud de Rusia, el resto de parlamentos republicanos han visto igualmente el peligro que entraña el Centro para su propia existencia y, ante el vacío de poder creado durante esos angustiosos días de confusión, se apresuran a declarar uno tras otro su independencia.

La legitimación de los nuevos poderes descentralizados: los nacionalismos

Con estos modelos económico y político tan extremadamente centralizados, también la base ideológica del estado soviético tenía un corolario territorial bien definido. Los principios doctrinales de la «fraternidad entre los pueblos», la «República mundial de los trabajadores», la «patria común», la «Unión indestructible de los pueblos hermanos» o el «homus sovieticus» constituían el fundamento ideológico para la legitimación de un estado con más de 150 nacionalidades, herencia territorial del antiguo imperio zarista.

La unidad ideológica proporcionada por un socialismo que «aseguraba la prosperidad de los pueblos» había cohesionado al país en torno a unos sufrimientos comunes, unos objetivos comunes y unos éxitos comunes. Por ello, la URSS se había convertido para los diferentes pueblos en un símbolo de fracaso (CARRÈRE D'ENCAUSSE, 1992). De hecho, este ideario oficial había sido cuestionado por la población desde los primeros años de la existencia de la Unión y la pervivencia del Estado fue necesitando cada vez más de sus dos principales baluartes: el Ejército Rojo y el KGB.

Moscú impuso un sinfín de divisiones administrativas trazadas arbitrariamente con el objetivo de acentuar tradicionales antagonismos entre los pueblos y hacer perentorio un constante arbitraje del centro, favoreciendo el nacimiento de nacionalismos incluso allí donde nunca habían existido (URJEWICZ, 1991). De esta manera, la predicada «unión fraternal» se había convertido en tensiones, injusticias, ignorancia y desprecio entre los pueblos y en unos nacionalismos provincianos reprimidos, a su vez, por un sistema aculturizante, rusificador, que sólo permitía manifestaciones nacionales folklóricas y ahogaba cualquier tipo de efervescencia cultural particular en las repúblicas.

Por otro lado, la imposición de la lengua rusa, el ejército plurinacional, la obligada movilidad por los puestos de trabajo (se tomó como modelo la expansión de población rusa por todas las repúblicas), constituían los principales factores de una rusificación revestida de sovietización y, en consecuencia, de resistencia nacional (CARRÈRE D'ENCAUSSE, 1992). Estas migraciones interiores supusieron incluso, en algunos casos, la ruptura del equilibrio demográfico con los pueblos «titulares» de cada república, además de provocar un choque cultural y, en general, una escasa integración. Así, mientras los rusos son vistos con resentimiento fuera de

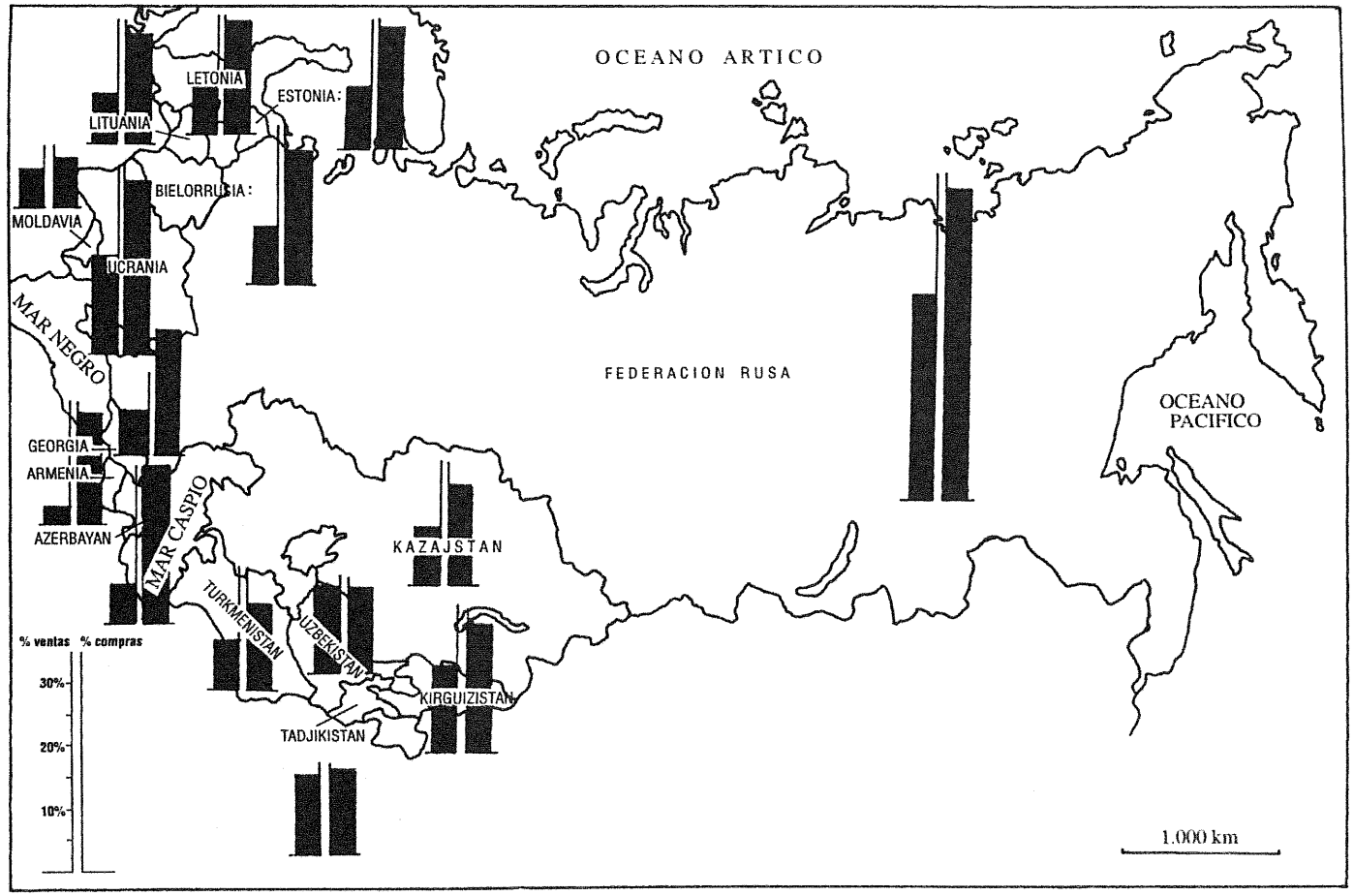
sus fronteras, considerados los causantes de todos los males, éstos se aúnan para evitar que este desarme ideológico suponga también un desmorone de su estatus geopolítico. Para muchos rusos la idea de que en el resto de repúblicas se vive mejor que en la suya implica la creencia de que ello se debe a los sacrificios llevados a cabo durante 7 décadas para ayudar al resto del Estado; ideas, por otra parte, potenciadas por el propio Boris Eltsin (LACOSTE, 1992).

El repudio a la presencia de rusos, que simbolizan el centro dominante, conduce inexorablemente a un rechazo de las mezclas culturales en general (que son interpretadas como una forma más de roer las identidades culturales) y a una creciente voluntad de vivir sin ingerencias externas. En definitiva, la radicalización de los nacionalismos frente a la rusificación desemboca en todo tipo de conflictos interétnicos, traspolándose la animadversión frente a lo extranjero a todas las escalas, para intentar someter y asimilar a toda minoría dentro de otra minoría, como manifestación de que cada pueblo quiere ser propietario de su territorio (CARRÈRE D'ENCAUSSE, 1992).

Nacionalismos: el nuevo marco ideológico

Las radicales transformaciones políticas favorecidas por la Perestroika y la Glasnost y las sucesivas consecuencias, previstas o no, que de ellas se iban generando, acabaron por resquebrajar definitivamente el marco ideológico que sostenía el sistema soviético y, por primera vez, éste pudo ser cuestionado dentro del propio PCUS. Por lo que respecta a Gorbachov, mantuvo una evolución ideológica que, posiblemente condicionada por los acontecimientos, pasó, en 6 años de Perestroika, de la defensa de un perfeccionamiento más o menos profundo del «socialismo real» a un total acercamiento al pluripartidismo y la economía de mercado. Ante esta voluntad reformista, quizá lenta pero también clara, la ruptura ideológica con el Kremlin difícilmente podía llegar por desacuerdos sobre el modelo económico-social a implantar, incluso a pesar de que Gorbachov nunca renunció al pesado lastre que significaba su inclusión en el PCUS. Esto significaba que el marco ideológico sobre el que mejor podía sustentarse cualquier intento de ruptura con el poder central era el de los nacionalismos, cuestión sobre la que, en cambio, Gorbachov no reaccionó inicialmente con tanta agilidad.

Es quizás por ello que inicialmente Gorbachov no es consciente del



Fuente: EL PAIS (1991) y elaboración propia.

explosivo que maneja cuando, en su política de recambio de todos los cuadros dirigentes del Partido, decide actuar en las repúblicas con el ánimo de acabar con mafias locales y corrupción, cometiendo el grave error de romper el tradicional equilibrio entre los dirigentes de las repúblicas al dar un mayor peso a la entrada de miembros rusos. El malestar que ello genera se pone pronto de manifiesto en Alma Ata (diciembre de 1986), con la primera gran manifestación de masas en la URSS desde hacía muchos años. Son, efectivamente, los musulmanes de Asia central los primeros en poner de manifiesto su diferenciación cultural y pronto serán seguidos en el Báltico, donde manifestaciones nacionalistas se mezclan inicialmente entre el apoyo a la Perestroika y el deseo de una mayor autonomía económica y política. Pero la explosión violenta de los conflictos tiene otro escenario: el Cáucaso, donde los armenios empiezan a exigir la incorporación a su república del territorio de Archaj (Alto Karabaj).

Así, la explosión de los sentimientos nacionalistas encuentra en la situación de marasmo económico y político un perfecto caldo de cultivo y se convierten rápidamente en los movimientos populares legitimizadores de los poderes republicanos, de sus acciones y, en definitiva, de las cada vez más numerosas y gruesas rayas en el mapa de la Unión Soviética.

LA RECOMPOSICIÓN DEL ESPACIO EX-SOVIÉTICO

La recuperación del espacio económico

Acogidas a sus propios programas y modelos de reforma, todas las repúblicas soviéticas se esfuerzan rápidamente en establecer relaciones bilaterales entre ellas. En agosto del 91 existían 94 acuerdos bilaterales de cooperación económica entre las 15 repúblicas, que en conjunto trazan un nuevo mapa de flujos económicos sobre el territorio soviético (BARRY, F. y KAHN, M., 1991).

Por la organización de la economía soviética, se hacía ahora muy difícil romper rápidamente las interrelaciones entre las repúblicas sin que ello significara un desastre para todas ellas. Algunas declaraciones de dirigentes soviéticos tras el intento fallido de golpe de estado son muy explícitas en este sentido. Ivan Silayev, primer ministro ruso, afirma que «nuestras economías están tan interrelacionadas que las otras repúblicas no querrán separarse completamente de Rusia», y según Shatalin, el autor del Plan económico «de los 500 días», la Unión Soviética «será un país

basado sobre los principios de la unidad económica» (EL PAÍS, 1991). De hecho, uno de los principales objetivos declarados con el nacimiento de la Comunidad de Estados Independientes es la coordinación de las relaciones económicas.

Una total ruptura de los flujos económicos existentes entre las repúblicas sería muy difícilmente sustituible con una orientación hacia el exterior, debido a la falta de calidad de los productos y a la carestía de recursos financieros para iniciar un esfuerzo de reconversión. Por el carácter de sus estructuras productivas, algunas repúblicas podrían esperar que las nefastas consecuencias de ello fueran menores, especialmente las bálticas, aunque incluso éstas han intentado, tras su independencia, no cortar las relaciones económicas con una Rusia que les proporciona combustibles a precio inferior al de mercado, posibilitando unas producciones a bajo coste que constituyen la única ventaja para su competitividad en el exterior. En el Cáucaso, un acercamiento a Turquía o a otros países del Medio Oriente podría significar la forma de reorientación de esas economías, mientras que Rusia, por su tamaño y sus recursos, podría ser el único país en desembarazarse de su actual marco geoeconómico. De hecho, Rusia y Ucrania presentan los mayores índices de autosuficiencia, lo que ayuda a comprender su decisión autónoma para formar la CEI.

Entre la CEI y la orientación exterior

La formación de la CEI deja muchas ambigüedades en el tema de la cooperación económica, quedando sólo bien claro el rechazo a cualquier similitud con el funcionamiento de la antigua URSS.

Tanto a nivel político como popular, Rusia es todavía vista como la herencia de un poder central que es origen de todos los males, argumento fomentado además como importante pilar ideológico de los nacionalismos independistas. Por ello, a pesar de esta dificultad real para el ajuste a la competitividad internacional, se destinan muchos esfuerzos al intento de integración en los mercados internacionales, olvidando la cooperación regional y engendrando con ello tensiones entre los nuevos Estados (SAPIR, 1992).

Existe un manifiesto temor entre las repúblicas a caer en una relación con Moscú de «neo-dominados», debido a la diferencia de potencial económico con Rusia. Por ello, la mayoría de repúblicas adoptan una estrategia de prudente cooperación en el ámbito de la CEI a la vez que, lenta-

mente, empiezan a dar los primeros pasos para el establecimiento de relaciones económicas y políticas con el exterior.

Entretanto sigue acrecentándose el problema de la desorganización de las redes comerciales, de los sistemas de transporte y, por tanto, continúa dándose ese proceso de formación de economías celulares. La gran diferenciación entre el nivel de oferta en los mercados republicanos, debido a la variabilidad de stocks existentes en cada una para alimentar a sus plantas productoras, ha ido provocando una cada vez más acusada diferenciación de precios (acentuada por la liberalización total de los mismos), lo cual dificulta aún más las posibilidades de funcionamiento de un mercado unificado. Existe el riesgo, incluso, de que el distanciamiento condujera a una multiplicación de instrumentos monetarios regionales.

Las consecuencias de todo ello serían nefastas, no sólo por el trauma de romper los sólidos canales de integración heredados, sino también porque la regionalización de la economía corresponde a una dinámica totalmente opuesta a la del funcionamiento económico internacional.

Por otro lado, como ya se ha dicho, la capacidad de orientación de la economía hacia el exterior es muy débil, salvo en lo que respecta a materias primas. En este sentido, el acceso a la independencia política no ha significado el surgimiento de economías verdaderamente independientes.

El fin de la URSS. La Comunidad de Estados Independientes

Durante tres meses, tras el intento de golpe de estado, Gorbachov lucha desesperadamente contra la agonía de un estado terriblemente debilitado. Pero finalmente, el 8 de diciembre de 1991, los presidentes de la Federación Rusa, Ucrania y Bielorrusia firman en Minsk el acta fundacional de una Comunidad de Estados Independientes y anuncian la desaparición de la URSS en tanto que sujeto de derecho internacional y realidad geopolítica. La unión de Minsk, definida por Gueit como golpe de estado (GUEIT, 1992), no levanta ninguna oposición, ya que el tratado puede considerarse, de hecho, como una rápida maniobra para absorber definitivamente el poder central en beneficio de las repúblicas de la Comunidad, manteniendo a su vez una cohesión (LACOSTE, 1992).

Así pues, muy rápidamente, el 21 de diciembre, ocho de las doce repúblicas restantes exigen adherirse a la nueva comunidad (Armenia, Azerbayán, Moldavia, Kazajstán y las cuatro repúblicas de Asia Central).

Además de las tres bálticas, tan sólo Georgia, sumida en estado de guerra civil, decide mantenerse fuera.

Cuatro días más tarde, Gorbachov dimite de todos sus cargos y la bandera soviética es arriada del Kremlin. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas había dejado de existir.

Las primeras desavenencias en el seno de la CEI

Inicialmente, la necesidad de mantener el espacio geoestratégico y el mando común del ejército, junto al interés de Occidente por tener un solo interlocutor en las negociaciones de desarme nuclear, mantienen a la CEI como un actor único en el campo geopolítico. Pero los pobres resultados de las cumbres de la Comunidad revelan las primeras desavenencias en el seno de la CEI, prueba del apresuramiento e improvisación con el que fue concebido y aprobado el Tratado.

La debilidad de la unión se acentúa por los desacuerdos existentes en la forma de llevar a cabo las reformas económicas, especialmente entre los dos pilares principales de la Comunidad: Rusia y Ucrania. El recorte de los recursos financieros prometidos por Moscú a Kiev impulsa a los ucranianos a incumplir el acuerdo de mantener en la CEI una «zona del rublo» y deciden emitir su propia moneda. La tensión se acrecienta definitivamente por la cuestión de la flota del Mar Negro y se hace extensiva a la disputa del territorio de Crimea.

Mientras, la propia Rusia se encuentra también en peligro de trocearse, no sólo por las ansias secesionistas de numerosas entidades territoriales autónomas, sino que incluso la heterogénea composición etno-cultural de éstas hace peligrar su equilibrio interno, llegándose a su desintegración, como en Magadán, Koryak, Karachaï o Ingushetia.

Los primeros objetivos de geopolítica interna

Toda esta dinámica de tensiones entre centros de poder y grupos dominantes, que ahora no tiene ningún arbitraje del Centro, ningún ejército mediador, empieza a plasmarse en alianzas y uniones, internas y externas, que van esbozando un nuevo mapa de potencias regionales.

La decisión tomada el 15 de mayo en Tashkent por Rusia, Armenia y cuatro de las seis repúblicas musulmanas para configurar un pacto de

seguridad colectiva, empieza a perfilar los primeros agrupamientos regionales (TINGUY, 1992).

Pero, para Rusia, el objetivo geoestratégico fundamental de la creación de la CEI es su unión con Ucrania, una unión que le permita seguir unida territorialmente a Europa. Esta cuestión de unidad territorial otorga una enorme importancia geoestratégica a Ucrania (SAPIR, 1992). Además, existe entre ambas repúblicas una gran dependencia en cuanto a la estructura de la industria militar. Es por ello que Eltsin había tomado rápidamente la iniciativa de destruir definitivamente la URSS tras el referéndum del 1 de diciembre en que los ucranianos se pronunciaban en favor de su independencia (TINGUY, 1992).

A pesar de ello, tanto la viabilidad de la CEI como la estabilidad interna de cada república, es decir, el conjunto del territorio ex-soviético, dependerán en gran medida de la orientación que den sus miembros a sus primeros pasos en la escena internacional.

La recomposición geopolítica del espacio ex-soviético

Rusia nace como la verdadera heredera de la URSS, asumiendo sus compromisos internacionales, el puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y la responsabilidad nuclear. En el plano político e ideológico, sin embargo, la ruptura con la URSS es total y ahora la nueva orientación internacional de Moscú se dirigirá fundamentalmente hacia las democracias occidentales de economía de mercado.

Ya desde 1990 Rusia había comenzado a forjar sus relaciones internacionales, tanto con las otras repúblicas soviéticas como con el exterior, buscando unas nuevas bases de relación con los antiguos aliados este-europeos de la URSS y, sobre todo, con los países económicamente más desarrollados de occidente.

El objetivo es hacer de Rusia, a pesar de su debilidad económica, un estado del «Norte» (TINGUY, 1992), parte integrante de una Europa que Rusia no concibe entera sin ella, por lo que rápidamente se interesa por todos los organismos europeos: CSCE, Consejo de Europa e incluso se plantea una posible integración en la Alianza Atlántica.

Por su parte, Ucrania, ya desde su proclamación de soberanía en julio del 90, inició un camino hacia su afirmación como Estado soberano, con la ventaja de que, al igual que Bielorrusia, ya era miembro de la ONU. Los rápidos contactos con sus estados vecinos le permiten entrar en el eje de

relaciones económicas del hasta entonces triángulo (luego cuadrilátero) polaco-húngaro-checo, llamado «de Visegrad». Pronto abre también relaciones económicas con el mundo occidental e inicia una dinámica actividad exterior que deja bien clara la intención de no dejar tan sólo en manos de Rusia la herencia diplomática de la ex-URSS. Por su lado, Moscú teme que Ucrania, que se revela cada vez más como una potencia rival, le aleje de Europa y relegue su área de alianzas hacia Asia y hacia el sur.

El «vientre soviético»

El mundo islámico de Asia Central constituye otro nuevo espacio en gestación, cuyos nuevos estados despiertan también como actores de la geopolítica internacional. Por razones culturales, religiosas, étnicas y geográficas, estos estados parecen más abocados hacia sus vecinos del sur que hacia Europa. Salvo en Kazajstán, en todas estas ex-repúblicas soviéticas la población es mayoritariamente musulmana.

Así, los contactos con Turquía e Irán se desarrollan muy rápidamente. Turquía firma acuerdos de cooperación económica, cultural y de desarrollo de las comunicaciones con estos estados. Irán, por su parte, va más lejos y, en enero de 1992, propone la formación de un Mercado Común Islámico en el marco de la Organización de Cooperación Económica (ECO) que, desde 1985, agrupa a Irán, Pakistán y Turquía y a la que se adhieren, en febrero del 92, Azerbayán, Uzbekistán y Turkmenistán.

Además de esta cooperación económica, Irán, Pakistán y Arabia Saudí tratan de influenciar en la rehabilitación del espíritu religioso, aparentemente hasta ahora sin notables resultados a nivel de crear un movimiento político, pero sí logrando inquietar con ello a Rusia (TINGUY, 1992).

A pesar de ello, la fuerza de atracción de Irán parece menor. El único estado de cultura persófona, Tadjikistán, no tiene continuidad física con Irán, lo cual supone un freno al desarrollo de sus relaciones. Tampoco en Azerbayán, único país de mayoría chiita (igual que Irán), la influencia iraniana es importante, como muestra el hecho de la adopción del alfabeto latino.

El resto de los nuevos estados centro-asiáticos son de cultura turcófona y mayoría sunnita. Turquía se mueve, pues, en un campo mucho más favorable: población musulmana sunnita, estado laico y, sobre todo, mayor acercamiento al mundo occidental. Un renaciente movimiento popular pan-turquista ha empezado a hacerse notar en Turquía, incluso con algu-

nas connotaciones anexionistas y con intenciones belicistas hacia la cristiana Armenia, a la que su discurso ha definido como el «Israel del Cáucaso» (COPEAUX, 1992).

Sin embargo los intereses institucionales y los compromisos internacionales de Turquía no se orientan tanto hacia un pan-turquismo asiático, sino, en primer lugar hacia Europa y, en segundo lugar, hacia la creación de un Mercado Común del Mar Negro, estableciendo sus bases en la conferencia de Estambul, en febrero de 1992.

El interés en establecer regiones de influencia en el llamado «vientre soviético» se ha despertado también en otras naciones. China ha reabierto comunicaciones por carretera, ferrocarril y aire con Kazajstán. Alemania y Corea del Sur han iniciado intensas relaciones y, curiosamente, Israel, muy deseoso de evitar que los nuevos estados se integren en un mundo musulmán que le es hostil, se ha apresurado a prestar ayudas, sobre todo en el campo de la tecnología agraria. En definitiva, estos países, los más pobres de la ex-URSS, orientan sus contactos hacia aquellos que más pueden ayudarles en su desarrollo económico.

Por otro lado, se conservan todavía la mayor parte de los lazos económicos con Moscú y, sobre todo, la dependencia en materia de seguridad, esencial para hacer frente a posibles conflictos internos. Por ello, Rusia mantiene aún una gran influencia en la zona.

CONCLUSIONES

Este análisis de los acontecimientos que han llevado a la desintegración del Estado Soviético y la posterior recomposición del espacio resultante permite profundizar bastante en las hipótesis planteadas inicialmente.

Se ha visto cómo el espacio ex-soviético, fragmentado políticamente en quince nuevos estados, muchos de los cuales incluso con dinámicas desintegradoras en su interior, constituye el corolario territorial de una nueva distribución del poder político y económico y que la eclosión de los nacionalismos se debe fundamentalmente, por tanto, al esfuerzo legitimizador de esos nuevos centros de poder, como un aspecto indisociable del nuevo marco ideológico general que los sustenta. Las reflexiones expuestas sobre los nacionalismos del Volga ruso, de Siberia o sobre los múltiples conflictos regionales existentes, permiten concluir que como consecuencia de esa implantación de un nuevo sistema económico (capitalis-

mo), cuya repercusión geopolítica interna ha conllevado, en un Estado arbitrariamente dividido, que unas naciones se opongan a otras por el control de los territorios y recursos sobre los que cada uno afirma tener derecho. El hecho de que hayan surgido nacionalismos tendencialmente exclusivistas, les permite adaptarse indistintamente a diferentes ámbitos políticos (conservadores, renovadores, ...) con una gran fuerza legitimizadora de cualquier tipo de actuación orientada a fortalecer un poder soberano.

En definitiva, se ha mostrado cómo este nacionalismo radical surge inicialmente, incluso en las propias repúblicas bálticas, como un movimiento defensor de la Perestroika y del traspaso de mayor autonomía para enfocar las transformaciones económicas. Se ha visto también que en algunas repúblicas, donde los resultados en el Referéndum de la Unión fueron claramente favorables a su mantenimiento, un sospechoso «nacionalismo» ha sido utilizado como captador de apoyo popular para absorber todo el poder del Kremlin. En el caso concreto de Rusia, ese nacionalismo imposible (por la heterogénea composición étnica de su territorio), puede incluso tomar un efecto boomerang contra su principal impulsor, Boris Eltsin.

En cuanto a la recomposición del espacio ex-soviético, resulta mucho más difícil poder extraer conclusiones sobre la orientación que ha tomado. El análisis de la evolución económica muestra cómo se ha dado una clara segmentación de la actividad y un enorme debilitamiento de las relaciones interrepublicanas. La formación de economías celulares en las repúblicas impulsa a un acercamiento hacia mercados exteriores, especialmente de países cercanos que podrían estar interesados en ampliar sus áreas de influencia económica. El nuevo sistema económico exige una apertura de mercados y la tendencia inversa es sinónimo de desastre. Pero, por otro lado, resulta también evidente la imposibilidad competitiva de la estructura productiva ex-soviética fuera de su antiguo espacio de relaciones y la enorme integración existente entre los quince nuevos estados sin excepción. Todo ello implica un cierto titubeo en la orientación de la naciente política exterior de estos países, balanceándose entre una integración estable en el marco de la CEI y un acercamiento a otras potencias regionales de mayor afinidad cultural (Turquía, Irán, China, los países nórdicos en el caso de las repúblicas bálticas, etc.). Igualmente, Rusia y Ucrania se encuentran en un estado de tensión que responde a esta doble voluntad de compartir una Comunidad de la que son los principales artífices y de confrontar intereses y enfoques divergentes. Por su parte, Turquía, que

parece ser de entre todos los estados vecinos el mejor situado para ejercer su influencia, no ha evidenciado hasta ahora un acusado interés institucional por las nuevas repúblicas musulmanas, a pesar de haber anunciado recientemente su apoyo armamentístico o Azerbayán.

Así pues, la idea expuesta inicialmente sobre la debilitación de la CEI no parece demostrarse. En cualquier caso, las recientes promesas de aportaciones económicas a Rusia por parte de Estados Unidos y el grupo de los G-7 significará, sin duda, la posibilidad de una estabilización del rublo, lo cual podría favorecer que, en todo este contexto, Rusia acabara erigiéndose, con el apoyo de Occidente a Boris Eltsin, como la única gran potencia regional de la zona, lo cual daría razón a las tesis que defienden la CEI como una continuación territorial del imperio soviético.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARRY, F. y KAHN, M. (1991): «Les avatars du Traité de l'Union», *Le Courrier des pays de l'Est*, nº 361, pp. 3-6.

BERTON-HODGE, Roberte (1991): «La lutte pour le pouvoir en URSS», *Problemès politiques et sociaux*, nº 663-664.

CARRÈRE D'ENCAUSSE, Hélène (1992): «La desintegració de l'Imperi Soviètic», *Afers, fulls de recerca i pensament*, nº 14.

CLAUDÍN, Carmen (1992): «El derrumbamiento del sistema soviético: un análisis político», *Anuario Internacional CIDOB 1991*, pp. 167-178.

COPEAUX, Étienne (1992): «Le rêve du Loup Gris», *Hérodote*, nº 64, pp. 183-193.

EL PAÍS (1991): «De El Capital al capitalismo», *El País negocios*, 1 septiembre 1991, pp. 3-11.

GUEIT, Jean (1992): «Fin de l'URSS! Fin de Gorbarchev?», *Notes et etudes documentaires*, nº 4.958, pp. 11-24.

LACOSTE, Yves (1992): «De l'étrange fin d'un empire», *Hérodote*, nº 64, pp. 3-19.

LACOSTE, Yves (1989): «Perestroïka et géopolitiques», *Hérodote*, nº 54-55, pp. 3-25.

PARTAL, Vicent (1991): *La revolta nacionalista a l'URSS*. Ed. Tres i Quatre, València.

SAPIR, Jacques (1992): «L'union économique, condition essentielle des indépendances?», *Hérodote*, nº 64, pp. 74-88.

SAPIR, Jacques (1992): «Les implications stratégiques de la décomposition de l'URSS», *Hérodote*, nº 64, pp. 20-29.

TINGUY, Anne (1992): «L'effondrement de l'empire sovietique», Notes et etudes documentaires, nº 4.958, pp. 107-125.

URJEWICZ, Charles (1991): «El resurgimiento de los nacionalismos en la Unión Soviética y Europa del Este», *Anuario Internacional CIDOB 1990*, pp. 125-128.

URJEWICZ, Charles (1992): «De l'URSS à la CEI: le début ou la fin de la Russie?», *Hérodote*, nº 64, pp. 30-62.